

OCCIDENTE

Un kilómetro andando hasta el embarcadero, unos quince minutos en barca por el embalse de Grandas, y siete kilómetros en taxi desde el lugar donde se deja la barca. Este es el itinerario habitual de los vecinos de Villarpedre cuando necesitan acercarse

a Grandas de Salime, capital de su municipio. El pequeño enclave de Villarpedre, un pueblo bien situado al lado de la carretera en otro tiempo, quedó atrapado al otro lado de las aguas del embalse de Grandas. Su vida transcurre hoy, años después de la

construcción, en medio de la quietud de las aguas embalsadas, sin ruidos de vehículos ni carreteras. Son dieciséis vecinos en las seis casas que quedan habitadas. Su transporte habitual es la barca. Es el más allá de Grandas.

Villarpedre, el más allá de Grandas

Dieciséis vecinos ocupan las seis casas habitadas de este pequeño pueblo, que quedó en una de las márgenes del pantano de Salime y vive pendiente de una barca para su comunicación exterior

Villarpedre (Grandas),
Jorge JARDON

Villarpedre es algo así como el «plus ultra» de Grandas. Cuando uno llega al embarcadero de Grandas, en donde la tierra deja de existir para dar paso a las caudalosas y anchas aguas, raramente podrá imaginarse que al final de las mismas, después de dar una curva en el río, aún queda el «más allá» de Grandas, la aldea de Villarpedre, seccionada del resto del concejo por el agua y sumida en un aislamiento difícil de superar salvo en lancha.

Existe otra forma de comunicación para poder acercarse a sus convencinos, pero poco rentable, y es la de pasar al concejo de Pola de Allande y desde Berduedo bajar hacia Grandas, pero esta única alternativa por tierra supone 48 kilómetros de camino. Y lo más chocante, que en Villarpedre no existe ni un sólo coche, salvo en aquellas ocasiones en que algunos de los vecinos ausentes vienen a pasar unos días al pueblo. Emplear esta alternativa les supone un gasto de unas 4.000 pesetas de alquiler de taxi.

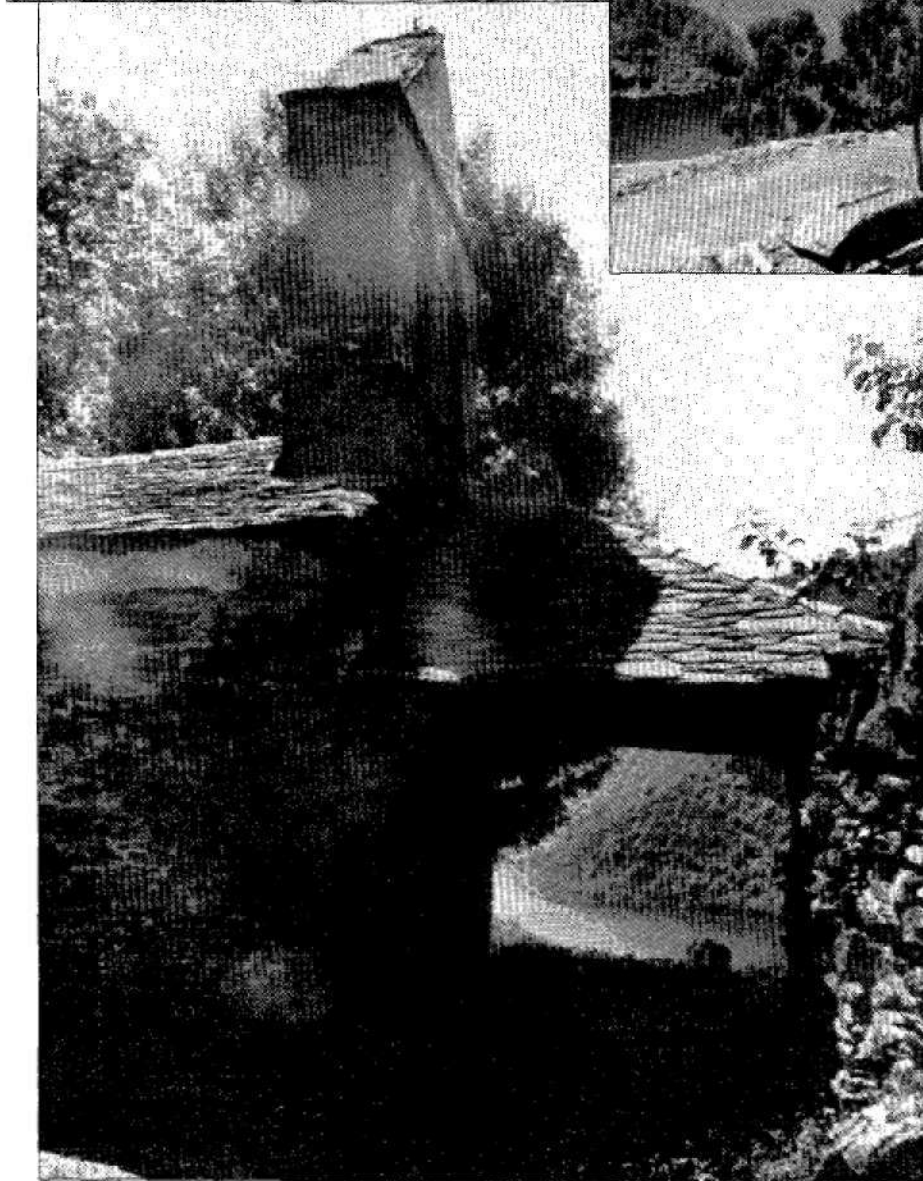
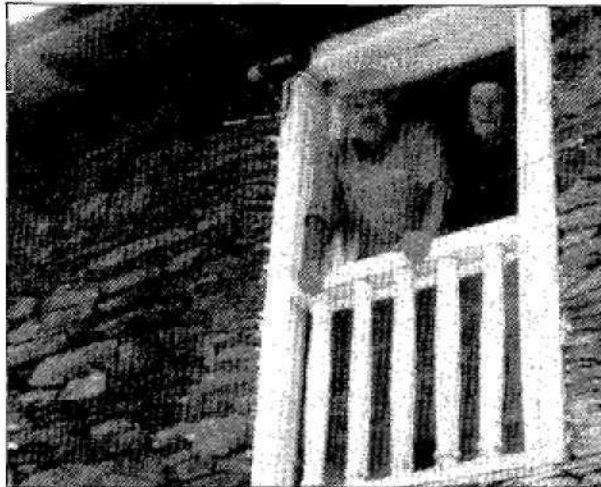
La construcción del salto anegó todas las vegas y con ellas la antigua carretera que llevaba a Oviedo, lo que explica que Villarpedre quedara en la otra orilla separada del resto del concejo, con toda la dureza que ello entraña para quien había sido una privilegiada aldea. Desde entonces, Villarpedre se las ha tenido que arreglar a su manera para seguir subsistiendo y no ser borrada del mapa.

Hay que darse cuenta que en otro tiempo contaba con un centenar de vecinos, que ocupaban unas veintiséis casas del pueblo. Ahora las cifras han descendido de una manera que produce alarma de extinción, sólo dieciséis vecinos y seis casas habitadas. Sin embargo, el pueblo sigue conservando una iglesia de muy buena estructura rural y una capilla que no se ha librado de los grafitos ocasionales y populares.

Sentido de la realidad

Apenas queda ganado y el vino de este año se estropeó cuando estaba en flor a causa de las lluvias. «Anda que se jodan las vacas», cuenta el segundo más veterano del pueblo desde la ventana. Manuel Escandar, de 84 años, sólo tendría pena que quedase sólo en el pueblo «ese nenos», explica él señalando para Daniel Monteserín, el benjamín de la comunidad y que acaba de cumplir diez años.

Manuel Escandar es un hombre con marcado sentido de la realidad y en él no hay ni la mínima concesión al localismo propio de los paletos: «Ben lo ves tú que este pueblo no vale pa nada y pa



JORGE JARDON
Arriba, a la izquierda, Manuel Escandar y su esposa Esther, en la ventana de su vivienda. Daniel Monteserín, el más joven del pueblo, ante el embalse de Grandas. Abajo, la iglesia de Villarpedre.

que acaba de tener un niño. Recientemente abandonaron el lugar y se fueron a un sitio más cercano. En el otro está Penadrada, cuya única casa ha pasado a ser ocupada por un hombre del que sólo saben que existe porque lo vieron algunas veces.

No es de extrañar que la incomunicación haya hecho de Villarpedre normas de conducta propias. Cuando lo normal es aprender los horarios de trenes y autobuses, para los vecinos de Villarpedre la preocupación es saber las horas que la lancha tiene para salir de la orilla derecha o de la izquierda y estar atentos a que el teléfono funcione con normalidad. Existe uno sólo en el pueblo, en casa de Argentina Díaz, una mujer que crió a sus siete hijos en esa especie de península del Navia, y constituye, juntamente con la lancha, el mejor apoyo para sus necesidades.

Teléfono y lancha son los elementos salvadores para llamar y traer al médico y al practicante, los medicamentos, el correo, y las necesidades más urgentes de los vecinos, así como sirve de transporte escolar para los dos niños que estudian en Grandas, quienes, a su vez, también se han convertido en recaderos ocasionales de los olvidos de las amas de casa.

Y es que trasladarse de Villarpedre a Grandas, pese a ser el mismo concejo, resulta una penitencia que no puede asumirse por placer. Es necesario caminar un kilómetro hasta el embarcadero, navegar durante quince minutos o algo más, desembarcar en Penjamo y andar 7 kilómetros más, salvo que se haya telefonado previamente a un taxista para que acuda a la llegada de la lancha, y la misma operación para volver a casa.

mi inda menos que estoy condenado a vivir con una vey que tengo aquí en casa». De todas formas, la expresión estaba cargada de un cariñoso sentido del humor, porque en ese momento asomó junto a él «esa vey», que no era otra que su mujer Esther, de su mismo apellido, Escandar, que ya a sus 81 años se la nota acostumbrada a las ocurrencias del marido. Manuel es un hombre al que tocó vivir el cambio brutal experimentado por el pueblo entre el antes y el después del embalse de Salime. «Antes iba a Grandas cuando me daba la gana, y por ahí abajo pasaba la carretera que iba a Oviedo y desde esta ventana yo veía pasar to-

dos los días gente a montón, porque en Grandas había un comercio muy formal, y contaba con registrador, notario, abogados, sastres, barberos y todo lo que uno pudiera imaginar».

Las casas del pueblo están situadas sobre el embalse y su punto de mira es siempre el agua remansada y plácida. La quietud es enfermiza y los silencios son prolongados de por vida. Tal es así que los vecinos han desarrollado un oído de apache, hasta el extremo de que el ruido más lejano es detectado por ellos de inmediato. Es como si el oído fuera la mejor arma de defensa para estar prevenido por la llegada de algún forastero al pueblo. «Alguien se

acerca, se siente el motor de un coche», dijo el pequeño Daniel, como lo más normal del mundo. El todo terreno debía de estar a muchos kilómetros del lugar, ya que transcurrieron veinte minutos aún hasta hacer su aparición en el pueblo. Y dentro de ese sosiego, un profundo misterio sobrecolector, como si de cualquier parte pudiera salir un ser rudo y primitivo o un pacífico anacoreta.

Desde Villarpedre se otean en cada una de las dos orillas de enfrente dos pequeños promontorios sobre el agua. En uno de ellos se encuentra La Curula, en donde hay una casa abandonada en la que se refugió una pareja